

# De la doctrina social católica a la enseñanza de la Iglesia en materia sociopolítica

## EQUIPO 1: MORAL SOCIAL

### I. EL FENÓMENO POLÍTICO Y SU COMPLEJIDAD EN LA ERA DE LAS ESTRUCTURAS EN MOVIMIENTO: ORDEN TEMPORAL - SOBRENATURAL

Las implicaciones entre Iglesia y Estado han llegado a nuestra época a través de unas situaciones históricas. Desde el tiempo de Agustín y Graciano, las mencionadas realidades concebían el servicio al hombre por el amor, pero pasando antes por el amor debido a Dios, según el ejemplo de Jesús, por todo ello, la Política justificaba su actuación subordinada a la Iglesia, ya que sólo estaba capacitada para interpretar a Cristo.

Las ideas posteriores del Renacimiento y de la Ilustración, se fijaron tanto en la persona del hombre que olvidaron la religación con Dios. Por este camino ideológico llega la Revolución francesa que, a lo largo del s. XIX, florecería en sistemas de gobierno tan dispares como el LIBERALISMO, germen del capitalismo, y el SOCIALISMO. Todo ello ha dado, a nivel de instituciones, que la Política rompa su secular subordinación a la Teología, y que su fin de actuación, quede satisfecho con buscar el mejoramiento de la vida social de la comunidad confiada a sus desvelos. La Iglesia reconocerá paulatinamente tal independencia de las gestiones públicas desde la Rerum Novarum de León XIII y en los documentos de sus sucesores. El testimonio del Vaticano II es elocuente al decir: «La comunidad política nace, ...para buscar el bien común, en el que encuentra su justificación plena y su sentido y del que deriva su legitimidad primigenia y propia», (I. M. 74a). Las contingencias históricas hicieron repensar las relaciones entre ambas autoridades, llegando a la conclusión que no es justa la absorción de la otra parte ni por el clericalismo ni por un estatismo.

El cuadro de la vida moderna nos pone de manifiesto, que *el cristiano debe iluminar al político*, para que no ladee en su gestión la vertiente de la personalidad que se abre a lo sobrenatural, pero reconocer igualmente, que la actuación política tiene una dimensión tan totalizante, que se polariza casi exclusivamente sobre valores altamente ambiguos, como ayudar a los amigos y contrarrestar la influencia de la oposición, y esto es tan importante para su cometido, que si no lo logra se le puede calificar de poco hábil. De ningún modo debe interpretarse lo dicho, como presupuesto que legitime las atrocidades de los Estados, sino como campo apropiado a un esfuerzo sincero de que los oponentes reconozcan el valor de lo que se trata de conseguir. Por lo dicho se ve que lo político y lo religioso son esferas de influencia que por los móviles son claramente diferenciadas. El incumplimiento por parte del Estado de ese respeto al que no piensa como él, llevaría a la comunidad a un riguroso idealismo, que trataría de emplear su poder, para lograr su eficacia en conformidad con el modelo de los valores que más cotiza. Este es sin duda el error cometido por los estatismos hoy dominantes, llámense: Liberalismo económico o Socialismo leninista. Ambos modos de ver al Hombre, le consideran como una pieza de sus respectivas máquinas sociales, si bien desde ángulos diversos, pero siempre con la doble cara de un servicio explotador que se exige o de una violencia que se soporta.

Por poco que reflexionemos caeremos en la cuenta que el Pueblo de Dios, no es un ente abstracto, sino que está compuesto por seres humanos e idénticamente la Comunidad Nacional, pero lo serio del pensamiento se encuentra en que *ambas influencias alcanzan a los mismos hombres que*, sin embargo, *sigue siendo una «única» unidad responsable*. Esta doble concurrencia en la persona del cristianismo se ha mantenido durante siglos sin mayores estridencias, al dar por supuesto que en el cuadro del conjunto político-religioso de ese tiempo se daba la base de la misma a un apoyo respetuoso y mutuo. Todo ello como consecuencia de que si todo poder venía de Dios, resultaba perfectamente lógico que la autoridad fuera respetada y apoyada, salvo en contadas ocasiones de evidente violación de la ley divina. Por todo ello el cristiano respondía en su comportamiento político con una actuación conservadora, que no disociaba su personalidad, sino que potenciaba sus

aspiraciones por partida doble: la moral, personal, y la conducta cívica de dimensión colectiva.

Tal sintonía personal se cubre de parásitos y, en ocasiones, de disonancias difícilmente aguantables cuando lo que le pide la Religión choca con lo que le ordena el credo político. Es en esta coyuntura y en la época del postconcilio cuando la Iglesia, consciente de la evolución del mundo y de la complejidad tanto en lo personal como en lo institucional en que se ve envuelto el cristiano, ha juzgado que no es posible, ante ciertos pecados colectivos perpetrados por las sociedades, el sujetar a sus fieles en un conservadurismo trasnochado y por ello ha escrito Pablo VI en su última orientación pastoral, que *es ya el momento adecuado para que el católico, que con su esfuerzo trabaja por mejorar nuestro planeta, lo haga sin olvidar los presupuestos de su fe al tiempo que actúa con la libertad de iniciativa propia de persona responsable en su opción política*. Por este camino resultará más fácil armonizar en la misma persona su religiosidad con sus preferencias sociales, sincronismo que no siempre será bien visto por los representantes de la administración estatal.

Pasó pues históricamente el peligro del clericalismo como poder asociado a la autoridad estatal. Vivimos en tiempos de avasalladora primacía de lo político-económico, pero deseamos una época pluralista de autonomías respetuosas en la que se convierta en realidad el texto del Vaticano II que en su decreto *Inter Mirifica* 76b, dice:

«La Iglesia, que por razón de su misión y de su competencia no se confunde en modo alguno con la comunidad política, no está ligada a sistema político alguno, es a la vez signo y salvaguardia del carácter trascendente de la persona humana».

## II. APORÍAS

### 1. *Enjuiciar problemas sometidos a revolución del cambio.*

Pablo VI y el Vaticano II son conscientes de pisar el terreno de hechos condicionados por la historia:

Frente a situaciones tan diversas, nos es *difícil pronunciar una palabra única*, como también *proponer una solución con valor universal* (O. A. 4).

Ante la inmensa diversidad de situaciones y de formas culturales que existen hoy en el mundo, esta exposición, en la mayoría de sus partes, presenta deliberadamente una forma genérica; más aún, aunque reitera la doctrina recibida en la Iglesia, como más de una vez trata de *materias sometidas a incesante evolución, deberá ser continuada y ampliada en el futuro* (G. S. 91).

Podemos dar por supuesto que el magisterio eclesiástico sabe que, en este terreno, *está hablando*, en cierto sentido, *hipotéticamente*. Toma como punto de partida una *determinada situación del hombre y de la sociedad*.

## 2. *Política pontificia en la coyuntura despolitizadora del cristianismo.*

Las modalidades concretas por las que la comunidad política se da a sí misma la estructura fundamental y la organización de los poderes públicos pueden ser diferentes, según el genio de cada pueblo y la marcha de su historia. Pero deben tender siempre a formar un tipo de hombre culto, pacífico y benévolo respetuoso de los demás para provecho de la familia humana.

Pero esto no siempre se ha dado y así tenemos que si muchos hombres se sienten hoy apolíticos se debe a una cierta apatía hacia los cambios sociales. Hombres que lucharon por derrocar una tiranía ven ahora que el nuevo poder no ha sido sino un «cambio de amo» (O. A. 45). Poder que ha instalado una corona de privilegios, que ha limitado las libertades e instaurado otras formas de injusticia. Esto hace a los hombres indecisos al momento de defender una causa política.

Volviendo a la Iglesia tenemos que puesto que a ella se le ha confiado la tarea de manifestar el misterio de Dios, debe descubrir al mismo tiempo al hombre la comprensión de su propia existencia, es decir, la suprema verdad acerca del hombre. La Iglesia está «al servicio del bienestar de todos» y en este sentido el cristiano que sirve al hombre está haciendo la mejor de las políticas. Está despolitizando una parte para llevar la política a un todo, a la humanidad. La política como compromiso cristiano está al servicio de los

demás, guardando la debida jerarquía de valores: local, regional, nacional y mundial.

Queda, pues, patente que la despolitización partidista del cristiano consiste en desatar las ataduras que lo ligan a las estructuras eclesiásticas y políticas para tener libre el camino en compromiso cristiano auténtico.

El Vaticano II propugna la pluralidad en las formas de estructurar y organizar la sociedad terrena, atendiendo a las características propias de la nación, según la marcha de su historia. La política del cristiano de hoy y del mañana debe llevarlo más allá de la nación. Debe llegar a las relaciones internacionales, reguladas por el diálogo, para suscitar la cooperación (O. A. 46) y constituir el vínculo natural para asegurar la cohesión del cuerpo social dentro de las naciones en vistas a controlar las políticas internacionales y asegurar la felicidad de todos los hombres en la paz, la justicia y el amor.

### 3. *Fracaso de una Iglesia marginada en el sector socio-político.*

En virtud de la profunda transformación que se ha operado en el mundo y en las ideologías, la Iglesia ha llegado a convertirse en algo marginal dentro de nuestra cultura. La causa principal ha sido que en muchas ocasiones ha adoptado una actitud sectaria frente al progreso, corrientes filosóficas y políticas...

En el *terreno político-social*, la Iglesia ya no es una potencia capaz de influir en la evolución del mundo, como lo fue en los tiempos medievales. Hoy carece de una doctrina social y política capaz de influir en los creyentes.

La Iglesia ha quedado marginada por lo que respecta al *terreno de la ética*. Los dos ejes éticos actuales son la *libertad* como promoción de la expresión y la creatividad, y la *justicia* que se mira como la igualdad de condiciones para todos los individuos y para todos los pueblos. Ha habido una sobrecarga de acento sobre la ética opuesta a la creatividad natural del hombre que ha hecho que los creyentes se cierren en un moralismo del deber.

La Iglesia es *demasiado lenta en advertir los cambios de situación económica y política que influyen en materia moral*; en con-

secuencia, se da un choque entre las nuevas corrientes y la teología tradicional.

Hay *tendencia al conservadurismo* e incapacidad de crear nuevas tradiciones; se observa oposición constante a emprender nuevas experiencias, asimilándolas críticamente y poniéndolas al servicio de la Iglesia.

Ante este panorama, la Iglesia debe tomar conciencia de su situación.

Se impone *tomar en serio la creación y la encarnación*, que equivale a no oponer la dimensión vertical a la horizontal, Dios y el humanismo.

La Iglesia *debe estar presente donde estén los hombres*. Tiene que hablar el idioma que ellos hablan, habitar el mundo que ellos habitan. Deberá asumir la función cultural de hacer a Dios presente en un mundo que habrá llegado a ser más mundo, es decir, religiosamente neutro y, por ello mismo, ambivalente con respecto a la fe.

El *mensaje cristiano debe ser una especie de «intrusión» en el acontecer histórico*. No se trata de que el cristianismo y la Iglesia se limiten a penetrar en las estructuras sociales y políticas, sino que además las modifiquen. La encarnación sin la transfiguración quita sentido a la Iglesia y al cristianismo.

La neutralidad, la no-intervención de la Iglesia, se convierte de hecho en un apoyo a la posición de los ricos y de los poderosos. La Iglesia, quiéralo o no, no es —ni puede serlo— ajena a la política (Cardenal Alfrink).

La *denuncia profética* contra los abusos de los poderosos, la *defensa de perseguidos y marginados*, y la *puesta en práctica de los postulados de la justicia* constituyen el programa de la pastoral de la Iglesia.

#### 4. *Divorcio entre fe cristiana y compromiso político*

El cristiano vive en situación de conflicto:

— por una parte, debe ser *eficaz* en el mundo donde tiene una misión que cumplir.

— por otra parte, el Evangelio le llama en las Bienaventuranzas, a protestar contra este mundo y a correr el riesgo total de la *ineficacia*.

¿Dónde se encuentra *en el hoy histórico* la voluntad de Dios?

Vivimos en la *hora de la innovación*. Incumbe a la Iglesia la tarea de sensibilización y animación. Objetivo que no puede minimizarse sobre todo en países donde el cristianismo tiene gran audiencia.

Los cristianos deben responsabilizarse. Asumir el compromiso de la ciudad terrestre con imaginación. Interrogándose al propio tiempo sobre la coherencia de sus opciones con su fe. Para orillar el divorcio.

Semejante búsqueda no puede verificarse a solas. Requiere el auxilio de una comunidad. Para que se eluciden las motivaciones. La Iglesia no es el Papa. Las *comunidades cristianas* son hoy la Iglesia. Si cada una de éstas no debe identificarse con una política o ideología, debe identificarse, en cambio, con un compromiso de hacer política y poseer una ideología transformadora.

Si alguien piensa que el mensaje cristiano es pura fábula, sin capacidad resolutive frente a problemas prácticos, existenciales, sociopolíticos del mundo circunstante, ese tal no ha comprendido el apremiante mensaje de *Gaudium et Spes*:

Los cristianos, recordando la palabra del Señor: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, en el amor mutuo que os tengáis* (J. 13, 35), no deben tener otro anhelo mayor que el de servir con creciente generosidad y con suma eficacia a los hombres de hoy. Por consiguiente, con la fiel adhesión al Evangelio y con el uso de las energías propias de éste, unidos a todos los que aman y practican la justicia, han tomado sobre sí una tarea ingente que han de cumplir en la tierra, y de la cual deberán responder ante Aquel que juzgará a todos en el último día (n.º 93).

### III. ORIENTACIÓN DEL EVANGELIO Y SIGNOS DE LOS TIEMPOS

#### 1. *Evangelio y planes concretos de acción.*

Reconocer la Palabra de Dios y ser fiel a ella sólo le es posible a la Iglesia a través de sus relaciones con los demás: en el diálogo, colaboración, y, posiblemente, en el conflicto. La manera de presentar el Evangelio no es muchas veces más que una forma sutil de defender el sistema eclesiástico, el poder personal, los privilegios sociales y la superioridad del grupo. Para detectar estas tendencias ideológicas, la Iglesia necesita mantener el diálogo con el mundo, puesto que, como cualquier otra comunidad, nunca puede verse libre de las tendencias ideológicas.

La Constitución apostólica manda examinar los signos de los tiempos. Hemos de interpretar la realidad concreta de la sociedad como expresión de una exigencia moral que afecta a la conciencia cristiana. La Iglesia para cumplir su misión profética no puede atender únicamente a la Revelación, sino que está obligada a escuchar esta profecía «exterior» que le habla desde el mundo.

A causa de su pretensión de exclusividad, la Iglesia no habla jamás en virtud de la Revelación. Por su esencia es una Iglesia de diálogo incluso en su proclamación de la buena nueva.

La Iglesia y el Magisterio no viven exclusivamente de «datos de revelación». Su relación con el mundo es dialogal, de mutuo enriquecimiento y sincero escuchar mutuo, incluso en la proclamación del mensaje.

No se funda en la revelación pero ésta le impone el deber de preocuparse por el bien del hermano.

La presencia de la Iglesia en la sociedad futura dependerá de su capacidad para hacer verdadera la fe en estos dos aspectos: su relación con la sociedad profana y su relación con el contenido de su propio mensaje.

La tarea de la Iglesia no es ya, sólo, el anunciar al Dios verdadero por oposición a los ídolos. Su labor primordial será hacerse signo y Palabra de Dios.

En el futuro, la Iglesia deberá ser una educadora que deje espacio y libertad para una búsqueda larga y sinuosa por el ca-

mino de la fe y de la ética cristiana. Educadora, que no se adelante a las posibilidades existenciales del hombre y que vele porque todo acto de fe pueda realizarse en la verdad humana. Únicamente así evitará el ser mirada como un sistema intelectual, autoritario y moralmente represivo.

## 2. *Ética protestante y católica.*

Según el Padre Chenu conviene renunciar a deducir la ética de algunas verdades eternas, de una metafísica ontológica, para enraizar en un conocimiento del hombre en cuanto ser histórico y en un conocimiento de la revelación que también es Historia.

En la medida en que la *Teología Católica* se desata de una sistematización intemporal se vuelve más francamente hacia la Escritura y en particular al N. T. Ni el Señor ni los apóstoles han elaborado un sistema moral completo y coherente, sino que determinan la conducta en función de casos particulares. Si los Evangelios nos aportan una enseñanza ética es siempre insertada en un encuentro de Jesús con tal individuo particular. Todo orientado siempre al amor. Pero el amor que no puede ser transformado en una ley. Es preciso situar las exigencias de la moral de Jesús en nuestro tiempo en su integridad y aplicarlas a nosotros mismos.

La cuestión está en saber dónde se coloca el principio de sistematización: en una ontología de tipo tomista o en una cristología. También la *Teología protestante* se esfuerza en construir a partir de la afirmación de Bonhoeffer: «el principio de la ética cristiana no es ni la realidad de mí, ni la del mundo, sino la realidad de Dios en su revelación en Jesucristo».

La *ética católica* se mueve entre dos orientaciones diferentes: el tomismo normativo y la Escritura. La Iglesia católica vacila en abandonar una ética que toma su punto de partida en afirmaciones universales. Teme caer en una moral de situación cuando incluso esto no haría de la situación concreta e histórica la fuerza única de toda exigencia ética.

La ética católica enseña simultáneamente la moral de principios y una moral evangélica. Tiene la tendencia a poner el problema ético en función de una ley.

El movimiento de renovación en la *ética social protestante* se manifiesta en las soluciones que aporta a las numerosas situaciones conflictivas dentro de la vida social. Y quizá más que nada en el *método nuevo que propone*: en lugar de descender de la Escritura hacia la realidad, exploran primero la realidad empírica y descubren en ella, precisamente en los conflictos sociales, valores y contravalores. Y entonces recurren a la Escritura para intentar ver claro.

El hecho de que la *ética católica* deje cada vez más margen al mensaje bíblico a pesar de su espíritu de sistema hace pensar en que un *acercamiento* profundo se está dando entre la ética católica y la ética protestante.

Tanto el Consejo ecuménico de las Iglesias como la Iglesia católica quieren denunciar la situación de injusticia y realizan la misma función profética.

A pesar de todas estas convergencias existen no menos *divergencias* a la hora de considerar el desarrollo de la Historia y la relación entre Historia y escatología.

Para el pensamiento *protestante* un hombre plenamente hombre puede ser un hombre vuelto contra Dios. Para el *católico* esta humanización constituye la base natural de un adentramiento sobrenatural.

La *ética protestante* busca la justicia social, el equilibrio armónico, porque el hombre por la fe en Cristo no puede acomodarse a la injusticia y porque en todo dolor humano discierne el dolor mismo de Cristo.

La *ética católica* no rechaza esta motivación pero añade otra: por esta edificación de la justicia temporal, el cristiano permite una espiritualización natural del hombre y esta espiritualidad desemboca por su propio movimiento en el de Cristo. El orden ético prepara el orden eterno.

### 3. *Fundamentos de la Enseñanza de la Iglesia en materia socio-política.*

El hecho de que el Magisterio eclesiástico tenga voz propia en los problemas socio-políticos se funda en la propia misión de la Iglesia que consiste en proclamar y fomentar la salvación del

hombre concreto. El mensaje cristiano en sí no nos propone inmediatamente ningún programa concreto de acción político-social. De aquí no podemos inferir que la elección de una determinada política sea cosa indiferente para el cristiano.

¿De dónde saca la Iglesia su saber? ¿En qué se funda el carácter obligatorio de sus directrices?

Del evangelio no se puede deducir directamente ningún plan concreto de acción político-social. Pero tiene una importancia decisiva de forma indirecta en el terreno político y social, concretamente en cuanto que es una «utopía». El mensaje evangélico de la expectación cristiana ofrece la posibilidad de superar constantemente cualquier «orden establecido». El empleo del término utopía significa únicamente aquel punto de vista desde el que se nos hace posible criticar a nuestra sociedad.

Es preciso reconocer que la doctrina de la Iglesia en cuestiones intelectuales políticas nunca es proclamada desde una posición neutral o superior. La realidad es que a través de sus instituciones ejerce una influencia política en la sociedad, pero mientras ella no tome conciencia de ello, su influencia quedará al margen de todo control y toda crítica a partir del Evangelio.

#### 4. *Funciones de la Iglesia como elemento de la sociedad.*

##### A) *Cristianismo y sociedad política*

El hombre tiene que agruparse en sociedad. Esto supone la subordinación de los intereses individuales y de grupo al bien común. Los intereses de éste, se han de imponer sobre aquéllos. Esta es la justificación del poder o dominio. Pero el problema del poder político consiste en que los intereses del bien común son siempre formulados y representados por personas y grupos que conciben a su vez los intereses comunes desde los suyos propios. Y éstos, con frecuencia son unilaterales. Para solucionar tal problema no podemos acudir al derecho, puesto que siempre es constituido y formulado por personas o grupos concretos con intereses propios.

Quizá nos extraña menos ahora que el reino de Yahvéh no aparece en la figura de un Augusto con su reino de paz sino en la

de un hombre aparentemente apolítico como Jesús de Nazaret. Se comprende también que Jesús no presentase el Reino como alternativa política en oposición al imperio romano. El reino de Dios no se abre camino entre los hombres por el dominio sino por el servicio humilde a los hombres. Así reconocieron los cristianos al Mesías de Dios en Jesús. No en el poder omnipotente sino en la debilidad de la palabra.

Hoy nos encontramos con consecuencias políticas del señorío de Dios en su oposición al dominio del hombre por el hombre. Así, por ejemplo, la división de los pecados, el control del poder por el pueblo, la limitación de las soberanías nacionales por las aspiraciones de una humanidad unida y justa. El convencimiento moderno de que las metas de la sociedad son la libertad y la igualdad de los individuos es el aspecto positivo de esta limitación del poder político. Tal libertad aún no se ha conseguido. La libertad verdadera sólo se conseguirá por el servicio a los demás. Así pues, el mensaje del reino tiene que ver con el bien común, con la cuestión de la paz y la justicia tanto respecto a los gobernantes concretos como respecto al egoísmo de los individuos que se encierran en su mundo privado.

Los cristianos tienen una tarea especial que les viene dada con su fe en el reino de Dios, con su espera en la humanidad unida, libre y justa. Esta fe les impide conformarse con el poder establecido, aceptar los intereses particulares como intereses de la humanidad y tomar como fin de la historia el consumo de bienes por parte de los individuos.

Las exigencias del bien común, no sólo de un pueblo, sino de la humanidad no pueden identificarse con el mantenimiento de la situación presente. Manteniendo esta distancia, los cristianos haremos asequible el mundo a una justicia mejor. Es cierto que no conseguiremos traer la salvación definitiva del Reino, pero manteniéndonos en su luz quizá consigamos hacer mejor el presente.

### B) *Responsabilidad de la Iglesia*

Si por responsabilidad política se entiende exclusivamente la responsabilidad de la autoridad, entonces es claro que solamente

la autoridad tiene que cargar con dicha responsabilidad. Pero si con este concepto se entiende en sentido absolutamente general la vida de la Polis, entonces tenemos que hablar en muchos sentidos de una responsabilidad política de la Iglesia.

Pertenece al ministerio de vigilancia de la Iglesia llamar pecado al pecado y prevenir a los hombres ante el mismo. Si la Iglesia no hiciera esto, sería responsable de la culpa del impío.

### *Crítica de la injusticia*

En el IV Sínodo de los Obispos, se oyeron estas palabras:

«Los pueblos que sufren desde tiempos inmemoriales no creen ya en bellas palabras. Esperan los hechos. Las declaraciones de la Iglesia en favor de la paz y la justicia son generalmente redactadas en términos tan genéricos que incluso las aplauden con calor los mismos autores de la injusticia. Las verdaderas palabras en favor de la justicia y de la paz tienen que ser necesariamente peligrosas para quien las pronuncia puesto que suscitan ira y venganza para quien las dice. Pero nosotros, obispos, ¿no somos discípulos de Aquel que dijo: *Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia?*»

En el mundo actual, millones de hombres se ven afligidos por la guerra, acosados por el hambre, torturados en las cárceles, despreciados por el racismo. Dos tercios de la humanidad son víctimas del mecanismo del dinero y del dominio. Esos dos tercios, especialmente los más jóvenes, miran a la Iglesia y la juzgan por su valor real. Nosotros, obispos, ¿preferimos la justicia y la ayuda a los oprimidos, con nuestros bienes y los de la Iglesia, a nuestra libertad y a la ayuda de las potencias profanas? Hay ya algunos obispos encarcelados por la defensa de los derechos de la Iglesia. ¿Los habrá también por la defensa de los derechos humanos?». «

### *Posible programa de acción*

El arzobispo de Lima ha propuesto el siguiente:

1. Aportación de la Iglesia a una educación liberadora que llegue a todas las clases sociales.
2. Respeto a la cultura y a los derechos de las poblaciones indígenas que hoy se ven ante un peligro inmediato de desaparición.
3. Apoyo de la Iglesia a los gobiernos que buscan una política justa y humana, admitiendo su derecho a la expropiación justa y legítima y a la represión de la indebida acumulación de riquezas.
4. Condena de la política represiva de aquellos gobiernos que recurren a la violencia y a las torturas sin que esta postura signifique aprobación de toda forma de resistencia y menos de las que recurren a la violencia.
5. Denuncia pública de las naciones que subordinan la inversión de capitales en los países en vías de desarrollo a sus propios fines políticos e intereses.
6. Reflexión de la Iglesia sobre su propia influencia para poder impedir la política represiva en los respectivos países y oposición enérgica a la venta de armas a países del Tercer Mundo.
7. Denuncia de los graves peligros y los enormes gastos en armamentos tanto convencionales como atómicos. La exploración espacial debe redundar en bien de toda humanidad y no sólo de una élite de países privilegiados (Cf. EPISCOPADO PERUANO, *La Justicia en el mundo*, Hechos y Dichos n.º 423, noviembre 1971, pp. 23-28).

### *Denuncia de las situaciones injustas.*

El cardenal Suenens ha señalado que si el primer deber de la Iglesia es despertar la opinión pública, el segundo sería denunciar toda situación injusta: la vergonzosa explotación de los pobres, los métodos policíacos inhumanos, como la tortura, la se-

gregación racial, los genocidios, la situación de los trabajadores extranjeros. Ha propuesto la necesidad de crear bajo el patrocinio de la Iglesia, un centro internacional de estudios sobre el desarrollo.

C) *La crítica de la sociedad, tarea del cristiano*

DIOS es el que en Jesucristo va caminando hacia la cruz para reconciliar el mundo, el que muere en el abandono para entregarle su amor.

EL MUNDO es la creación amada en la cruz de Cristo y no abandonada, reconciliada y no repudiada. Destinado a la vida y no a perecer.

NOSOTROS somos una nueva creatura en la comunidad con Cristo liberada de la ley del mundo viejo, liberada de la angustia que provocan sus señores, liberada del pecado y de la muerte, abierta a la redención y a la acción venidera y creadora de Dios.

NUESTRA TAREA como embajadores de Cristo es invitar a todos los hombres a un futuro nuevo, a la libertad, a la paz y a la justicia. La reconciliación de Dios es la fuente permanente de la liberación de los hombres culpables y mortales, de los degradados y humillados, de los pobres y miserables. El que cree en este Dios de la reconciliación comienza a sufrir en este mundo irredento, no puede sentirse contento con las iglesias separadas, con el mundo dividido, con las sociedades inhumanas.

El que cree en la reconciliación sufre en la Iglesia y por ella. El cristianismo histórico no siempre ha sido fiel a la palabra de reconciliación. Falsos profetas hablan de paz donde no hay ninguna paz. Consuelan al pueblo en sus desgracias y opinan que las cosas no están tan mal. Se confunde reconciliación con política de apaciguamiento. Se utiliza la fe para mantener los instintos a fin de mantener tranquilos a los pobres y contentos a los que sufren.

Vivimos en un mundo enemistado y dividido. La segunda guerra mundial dejó tras sí el conflicto este-oeste. Desde hace 20 años se acentúa progresivamente el conflicto económico entre los

países ricos del hemisferio norte y los pobres del sur. Al conflicto ideológico entre capital y socialismo se añade el racial. Berlín levanta un muro ideológico. En Sudáfrica y Norteamérica los ghettos siguen adelante. Poblaciones enteras son expulsadas y perseguidas en el Próximo Oriente, en India y en Indochina. Ciudades y naciones divididas, hombres separados marcan el rostro de esta tierra en la que los hombres no quieren y no pueden vivir juntos y humanamente.

Inhumano es el hombre que abandona su humanidad y se hace el dios desesperado de sí mismo y de sus prójimos. Tiene miedo de sí y de los que le rodean. Ya no puede amar. Se ama sólo a sí mismo. Todo y todos han de decirle continuamente *quién es* y así disolver su inseguridad. *Espera de la creación lo que sólo el Creador le puede dar*. Transforma en mentira la verdad de Dios.

Demostrar y practicar la liberación humana por la reconciliación de Dios significa mantener la llama de la esperanza en medio del odio que brota de toda reacción y revolución. Tendríamos que asumir conscientemente el sufrimiento del mundo y hacer nuestro el grito por la libertad que sale de lo profundo de los pueblos y de los hombres oprimidos y responder con la llamada a la reconciliación.

Sólo el Crucificado es nuestro reconciliador y liberador.

Las sociedades humanas se fundan en la semejanza de sus miembros. Los semejantes nos confirman en nuestra identidad. La diversidad nos intranquiliza. Por esto es natural que amemos a los amigos y despreciemos a los extraños. Pero la comunidad cristiana se funda en otro principio. No es el principio de semejanza sino el de reconocimiento y amor. La comunidad cristiana es signo de reconciliación en un mundo dividido, si está compuesta de «judíos, gentiles, griegos y bárbaros, señores y esclavos, hombres y mujeres» (Gal. 3, 28).

El esquema de un mundo dividido se ha enraizado profundamente en nuestro modo de pensar y sentir. Es nuestro propio miedo el que nos lleva a odiar a nuestros enemigos. Los que dominan propagan el esquema amigo-enemigo. Pero Cristo no ha muerto ni por los comunistas... ni por los blancos... sino *por todos*. Esto nos exige un nuevo modo de pensar solidario en el amor. Sólo el amor supera el miedo. El amor incluye en sus cálculos al enemigo.

### D) *Utopía e Iglesia*

La actual situación de la humanidad no permite que se siga pasando por alto el problema de la relación entre utopía y esperanza cristiana, problema en el que hoy se hace particularmente concreto el tema esperanza humana, promesa cristiana y la síntesis de ambas en la plenitud humana y cristiana.

#### *Utopía y esperanza*

El análisis histórico y conceptual de la palabra utopía nos presenta al hombre como ser de la esperanza, como *homo viator* que está en camino, que espera, sufre, trabaja, sueña y piensa en una realidad mejor, más justa, y más verdadera.

El hombre se nos presenta como el ser que no puede conformarse con lo que hay, si es que realmente ha de ser un hombre libre y humano.

El que espera es fiel a la tierra. Asume en su esperanza al mundo y a los demás. Asume la esperanza de la realidad toda, la nostalgia de toda la creación.

¿Y cuál es hoy la utopía política central y viviente? La paz universal y eterna de la humanidad; la paz es nuestro problema más urgente y nuestra mayor esperanza. Es una esperanza utópica aún nunca realizada, pero que en el estadio actual de la humanidad tiene que hacerse realidad (Cf. W. KASPER, *Utopía política y esperanza cristiana*, Selecciones de Teología 38, 1971, 222-229).

Pablo VI en su alocución de Navidad de 1963 cambió la definición agustiniana de la paz como «tranquillitas ordinis» por la de el «equilibrio del movimiento» o como dice en la POPULORUM PROGRESSIO: «*el progreso es el nuevo nombre de la paz*».

#### *La esperanza cristiana hoy*

La esperanza cristiana de la paz funda, en último término, su apertura hacia el futuro y su dinámica histórica en la promesa

fundamental de la Escritura: «Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo».

Por otra parte, en todos los movimientos de la historia se ha tratado, en último término, de realizar históricamente la promesa histórica del reino de la paz, de la justicia y de la verdad; se trata de cambiar el mundo con las propias manos y no limitarse a esperar pacientemente que la nueva Jerusalén baje del cielo. Es cosa manifiesta que la actual teología llamada horizontalista alimenta intenciones parecidas.

Es tarea del creyente descubrir y acentuar los elementos utópicos que tiene la fe cristiana. Se trata de vivir y testimoniar la promesa futura en las condiciones presentes. Esta forma de existencia escatológica es el amor cristiano en su forma más radical, la del sermón de la montaña.

##### 5. *Dualidad de normas éticas: principios universales - situación concreta.*

Es interesante considerar cómo las recientes actuaciones y declaraciones del Magisterio no se remontan directamente a datos de la Revelación, ni se detienen en principios universales, sino que se hallan intensamente condicionadas por un análisis de la situación actual de la sociedad humana.

Este hecho nos lleva a profundizar en el ya clásico binomio: principios universales - situación concreta, y a aclarar los criterios de actuación del cristiano.

###### A) *Problemática*

Hay quienes discurren partiendo de una cierta «dualidad» en cuestiones de normas éticas, y ello porque proceden a partir de una moral abstracta y teórica. Hablan de unas normas abstractas que son siempre válidas y de unas normas concretas, que hacen referencia, por su lado, a «situaciones concretas». Se establece así una contraposición entre un objetivo (que parece siempre más seguro) y un subjetivismo (con el fantasma del relativismo).

Dentro del objetivismo se instaaura un antagonismo entre ley y libertad: como dos propietarios que se disputan el dominio de

las acciones humanas. Lo que uno posee es quitado al otro. Y como consecuencia lo esencial queda reducido a discernir qué se puede o no se puede hacer. De ahí la tendencia al minimalismo, al mínimo requerido para estar en regla con la ley. La moral tradicional del mundo cristiano no ha sido creadora. Más que moral del amor, ha sido moral de la obediencia.

*Vía de solución:* Frente a estos tipos de dualismo moral tenemos que afirmar que hay una sola fuente de normas éticas: *la realidad histórica del valor de la persona humana inviolable, con todas sus consecuencias en el orden personal y en el social.* El obrar cristiano madura únicamente sobre la base de la responsabilidad personal ante Dios.

Entonces, ¿qué valor tienen los principios universales? ¿Cómo se insertan dentro de la unidad de la persona humana, en sus situaciones históricas, concretas en las que vive?

#### B) *Sentido de los principios universales*

Podríamos describir los principios universales como los principios aplicables a buen número de situaciones y de personas:

- . tienen generalmente validez en el contexto total de la vida humana.
- . pero sólo postulan la ejecución real en la situación concreta.
- . fuera de estas circunstancias en los que tienen que ser aplicadas, nada exigen de nosotros, a no ser nuestro conocimiento de los mismos y la prontitud en observarlos en un caso determinado.
- . la ley es guía para el individuo en la formulación de su tarea personal.
- . la naturaleza abstracta y general de las normas manifiesta la incapacidad del hombre para expresar exhaustivamente la realidad concreta: los principios universales son tan sólo una expresión esencialmente inadecuada.

#### C) *Situación concreta*

La realidad concreta del hombre o también su necesidad de obrar en la condición concreta suele designarse con el nombre de

«situación» (es decir, una condición individual-personal-existencial). Debe distinguirse del «caso» moral, que es hipotético y, por lo mismo, universal-impersonal-esencial.

Pero la situación viene determinada no sólo por las circunstancias externas que gravitan sobre el sujeto, sino también con las condiciones internas y personales del mismo.

#### D) *Interrelación mutua*

En general podemos afirmar que Dios llama en la situación concreta a través de normas universales. Aunque sin olvidar que la situación concreta puede no ser adecuadamente juzgada por la ley universal: normalmente la ley brinda solución para el caso-tipo.

Concretando, indicamos con el P. Fuchs los posibles caminos para este acercamiento:

- . *deductivo*: es suficiente en situaciones sencillas, y basta para garantizar la moral de pequeños espacios de tiempo.

Se deduce de la norma general la aplicación al caso concreto, aunque no se haga siempre de modo explícito.

- . *inductivo*: siendo fiel a las líneas ontológico-estructurales, y partiendo de la situación concreta y singular, se crea una nueva solución original.

Pero en problemas socio-políticos, ¿son para nosotros... orientadores los principios universales?

#### 6. *Necesidad de apelar a un tercer factor: axiomas intermedios, máximas de decisión personal.*

Principios generales como: «los cristianos están obligados a ser fieles al mandamiento del amor», o «tienen que luchar por la justicia social», no ayudan mucho al individuo a descubrir lo que debe hacer en el caso particular. Encontrará un abismo casi insalvable entre estos principios y su situación concreta con di-

versas posibilidades de respuesta. Por otro lado las normas concretas, además de privar al individuo de su responsabilidad personal, no sirven. Es por lo que entre la afirmación meramente general de exigencias éticas del evangelio y las decisiones que deben ser tomadas en los casos particulares, son necesarios los *axiomas intermediarios* (J. H. Oldham habla de «middle axioms». Mientras A. Rich prefiere aludir a «máximas de decisión social»). Sólo ellos dan a la ética cristiana un estatuto claro. Constituyen un intento de determinar la dirección en la que la fe cristiana debe orientarse en una situación de conjunto. No son obligatorios para todos los tiempos. Son descripciones provisionales del género de vida, que es requerido para los cristianos en un tiempo determinado y en circunstancias precisas. Tienen que ser como postes indicadores.

Concretando, el mensaje cristiano, en sí, no nos propone inmediatamente ningún programa concreto de acción político-social. No podemos afirmar, por otra parte, que la elección de una determinada política sea cosa indiferente para el cristiano. Pero no recibiría mucha ayuda de un Magisterio que se limitase a proponer exclusivamente unos principios generales. Hay que ir en busca de un término medio que sirva de eslabón entre el mensaje del Evangelio y las decisiones sociopolíticas de los cristianos. Para ello, como dice *Gaudium et Spes*, habrá que «escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio» (n.º 4).

La actual «enseñanza social de la Iglesia» ha tomado estos derroteros: «Si bien no interviene (la enseñanza social de la Iglesia) para dar autenticidad a una estructura determinada o para proponer un modelo prefabricado, ella no se limita simplemente a recordar unos principios generales. Se desarrolla por medio de una reflexión madurada al contacto con situaciones cambiantes de este mundo, bajo el impulso del Evangelio como fuente de renovación...» (O.A. 42).

#### 7. *Del individuo a las comunidades cristianas.*

En los orígenes de la actividad misionera de la Iglesia, el cristianismo se extendió a la diáspora a través de lo que hoy llamaríamos comunidades de base. La Iglesia se reunía en grupos pe-

queños en los cuales se asentó la forma de evangelizar a los paganos y de reunir en el culto a los cristianos.

Actualmente se da en el mundo un mosaico de experiencias de vida comunitaria de todo tipo. En medio de la gran multiplicidad de contactos ocasionales u obligados que se dan en la vida del hombre, éste se siente solo. El hombre parece haber trabajado únicamente por lograr su perfeccionamiento en todos los órdenes. Las relaciones profesionales y comerciales, centradas exclusivamente en la función productora o de consumo, son frías y deshumanizantes. El hombre se ve impulsado a buscar otro tipo de relaciones, que abarquen al «hombre total» y favorezcan la expansión personal.

Por otra parte, el anonimato de las grandes ciudades, la existencia de macroorganismos excesivamente complejos y burocráticos, el aislamiento a causa de las grandes distancias, la dificultad de la vida familiar y la movilidad social son otras tantas ocasiones de soledad, para las que el hombre busca solución en la pequeña comunidad.

La necesidad de una experiencia comunitaria no surge sólo en los campos antes mencionados. Puede también constituir una respuesta al deseo de profundizar *en la fe*. Puede proporcionar nuevos medios para la integración activa y consciente de muchos bautizados en la Iglesia. Puede favorecer el robustecimiento de los vínculos de ayuda y amor fraternos. En suma, puede marcar pautas fecundas para una renovación de la Iglesia, tanto en profundidad como en extensión. De aquí la existencia y multiplicidad de grupos que se constituyen y reúnen para vivir su fe.

En torno a esta cuestión del tránsito de un trabajo individual y personal al trabajo de grupo con intereses y objetivos comunes, se ha polemizado entre los que comparan estas comunidades cristianas con las apostólicas. Se las acusa de pretensión de reformar la Iglesia, con la convicción «profética» de ser órganos del Espíritu, revestidos de una tonalidad antisacerdotal y laicalista y actuando como grupos o movimientos intraeclesiales más o menos disimulados...

Por el contrario otros consideran estos grupos como una búsqueda principalmente de un vivir y revivir valores fundamentales de la esencia de la Iglesia. Lo que les caracteriza es el deseo de

una vida de comunidad fraternal, un deseo de vivir y expresar su fe, un deseo de participar activamente en el culto y un deseo de vivir el valor de signo para el mundo.

Pensemos con serenidad que la búsqueda de la vida comunitaria fraternal, traduce la necesidad de salir del anonimato y de penetrar en la responsabilidad democrática. Decir comunidad fraternal, es decir lugar en el que uno conoce y es conocido por su nombre. Un grupo que no impone nada, sino lo que cada uno se impone a sí mismo por los otros. Uno puede escuchar a los otros, comulgar en la riqueza de sus vidas, y hacerse y convertirse un poco cada día. Puesto que la redención revelada en Cristo es un misterio de comunión, *la Iglesia* tiene como misión especial el iniciar a las personas en la función redentora de la amistad, promoviendo la formación de pequeñas comunidades en donde las personas puedan llegar a ser más ellas mismas.

El cristiano, iniciado en el misterio fraternal por el Evangelio y la eucaristía, debe ser un creador de comunidad en cualquier lugar en que se encuentre.

De esta manera la Iglesia podrá hacer verdadera la fe en la cultura del mañana mediante la comunidad cristiana, tomando la iniciativa de humanizar su medio económico, social y cultural.

La muerte de la cristiandad debe dar paso a la capacidad creadora de los cristianos. Su fe deberá ser ingeniosa, juntándolos en grupos no oficiales, no institucionales, pero influyentes en el sector público. El dinamismo de tales grupos escapa a toda contabilidad estadística. Pero esto es lo de menos. Lo que importa es que la civilización sea más ética. No el que lleve ostentamente la marca de la presencia eclesial. *Lo más eficaz y fecundo son los grupos comprometidos*. Pero su eficacia no debe confundirse nunca con la publicidad.

#### IV. OBLIGATORIEDAD ÉTICA DE LAS DECLARACIONES MAGISTERIALES

##### 1. *Política y reglas trascendentes de moralidad.*

Las Encíclicas Sociales son declaraciones magisteriales de la Iglesia en materia socio-política.

Lo secular no se juzga, al igual que las definiciones dogmáticas, como mera expresión conceptual de las verdades reveladas. La Iglesia en lo socio-político adopta una postura respecto de lo secular. Lo hace como servidora de la salvación de los hombres. No se funda evidentemente en la Revelación, pero ésta sí le impone el deber de preocuparse por el hombre.

La Iglesia al declararse en estas materias de manera no doctrinal lo hace válidamente pues habla de una realidad secular accidental o cambiante que se está dando en la sociedad. Pero todos podemos considerar que estas orientaciones concretas, por sí mismas, no pueden considerarse como válidas para todos los tiempos y lugares. Estos documentos quedan anticuados por la rápida evolución que sufre la sociedad humana.

La declaración eclesial tiene como características que se concretizan en una orientación *clara y precisa, determinada* en sus detalles y *única* capaz de promover la dignidad humana, aquí y ahora, y por ello moralmente obligatoria.

Cabe hacer una pregunta: ¿Tenemos los cristianos en la palabra oficial del magisterio eclesiástico la garantía de que la dirección señalada es la única dirección objetivamente recta?

En sentido absoluto no se puede afirmar que existe una garantía y menos en terreno de política social.

Aporta, eso sí, una seguridad al cristiano de que actuando de acuerdo con aquellas decisiones, siempre tendrá la certeza moral de estar a la altura de lo que la situación exige.

Debemos aceptar con confianza cristiana las consecuencias de esa actuación, aunque ésta condujera a trastornos.

Hay que aclarar que no se trata de una obediencia de fe a la autoridad doctrinal de la Iglesia, sino de una obediencia de fe a su función profética. Más todavía, el carácter obligatorio de todas las declaraciones del magisterio eclesiástico acerca de las cuestiones de política social se basa preferentemente en el aspecto negativo «esto no puede seguir así»; y no tanto en el elemento positivo, cuyo carácter específico y obligatorio consiste en una participación actual y sabiamente responsable.

La «teología negativa» en el plano especulativo, no desemboca en una «teología negativa» en el campo de la práctica.

El cristiano que, después de leer las encíclicas sociales incluida la última carta pastoral, no cambia en su quehacer diario, es culpable de faltar contra la voz profética de ese documento pontificio, y se hace culpable principalmente de una falta contra la humanidad, de una falta para con Dios.

## 2. *Reorientación: del polo de la verdad al de la libertad.*

*En el Concilio se ha planteado a gran escala y con eficacia esta nueva reorientación: del polo de la verdad al de la libertad.*

*Dos teologías, cada una de las cuales acentuaba más o menos estos dos absolutos que son la verdad y la libertad; es decir, los derechos de Dios que ha manifestado su voluntad prescribiendo el único camino ya válido hacia El, y los derechos del hombre que libremente debe andar ese camino y elegir esa meta y aceptar ese guía.*

*Son dos visiones distintas: una más teocéntrica y otra más antropocéntrica.*

La primera vive su verdad en su impersonal absolutez y exigencias, junto a otra más preocupada por la validez concretísima de esa verdad para el hombre, que ha de abrirse a ella, acogerla, recrearla en un esfuerzo de asimilación personalizante.

Este es el famoso problema de nuestros teólogos hispanos, que tantas discusiones ha motivado. La gracia y la cooperación humana, es decir, el encuentro del amor de Dios que llama, con la fidelidad del hombre que responde.

La libertad es un don del Espíritu a nuestro tiempo, pero una grande, inmensa y difícil tarea nuestra. Libertad que exige madurez cristiana y asimilación personal de la fe.

Si la Historia es permanente novedad, la libertad deberá ser creación permanente. Libertad que para permanecer viva tiene que asumir siempre formas nuevas.

Mientras que la doctrina expresada hasta el presente giraba en torno al polo de la idea básica de la verdad, hoy se establece como centro de la esfera del que salen diversos radios, el valor nuclear de la libertad.

Y un requisito que últimamente la sede romana considera co-

mo factor indispensable para que se dé libertad, trampolín para la verdad, es el pluralismo de opiniones. Todos los grupos sociales deben gozar de la posibilidad de expresarse a través de los «mass-media». Con las solas limitaciones del respeto a la fama e intimidación personal y fidelidad al secreto cuando lo postula el bien público.

La Iglesia del futuro surgirá no tanto de la palabra cuanto del testimonio: éste a su vez de la alegría y de la libertad, que se enraíza y nutre en la verdad.

### 3. *Idéntica fe cristiana y pluralismo de compromisos.*

Existe una justificación del comprometerse políticamente. El cristianismo es una esperanza para los hombres. La adhesión a Jesucristo no puede ser auténtica más que si es vivida cada día en la construcción de un *mundo más justo, liberado de toda presión y explotación.*

*Nuestra fe lleva a la comunión y no al aislamiento.*

La Iglesia, no ha sido creada para sí misma, sino para conducir a los hombres al reino. Si la Iglesia tiene la figura de este mundo que pasa, la contestación de las formas históricas inmóviles de la misma, como de la sociedad, está justificada en nombre del Evangelio. La Iglesia era el «nosotros» de los cristianos primitivos. Era una fraternidad. La Iglesia debe vivir en sí misma y fuera de sí misma. Fuera de sí misma existe el mundo, los hombres más proscritos, marginados.

El compromiso político siempre lo tuvo el cristiano; hasta ayer apoyando a los poderes constituidos *a priori* sin hacerse la previa pregunta acerca de su legitimidad y ejercicio de justicia; hoy se van cambiando las tornas por lo denunciado por el mismo Magisterio: este mundo va mal estructurado; el Papa clama porque aumenta el abismo que separa a ricos de pobres. El mundo debe ser transformado y la misma Iglesia *semper reformanda*, como recordó el Concilio, tampoco puede escapar de este estímulo y llamada.

Para muchos católicos la enseñanza oficial de la Iglesia se ha vuelto problemática. Se preguntan si la doctrina actual no será

simplemente una expresión de la identificación consciente, o quizá inconsciente, de la Iglesia con el mundo cultural y político del pasado. Parece que la única forma eficaz de enseñar sería la acción con la que la Iglesia demostraría su independencia con respecto al orden establecido y ganaría un nuevo respaldo de autenticidad para sus palabras.

No es posible imaginarse a la Iglesia como comunidad cerrada y distinta de la sociedad secular en que vive. Aunque hay una diferencia que no se puede borrar, resulta conceptualmente imposible definir a la Iglesia prescindiendo de la sociedad. El Evangelio no divide a la raza humana en dos partes: Iglesia y mundo. El mundo y su historia entran en la misma definición de la Iglesia. La Palabra de Dios presente en la historia humana es elemento constitutivo de la Iglesia. La Iglesia es una comunidad totalmente abierta que se define por su misión en la sociedad.

La profunda convicción de que la hermandad creada por el Espíritu en la Iglesia se extiende más allá de sus límites ha llevado a muchos católicos a participar en la comunión sacramental con los «extraños». Los Cristianos han descubierto un nuevo sentido de la solidaridad con la comunidad secular en especial con los grupos que se consagran a la liberación y reconciliación de los hombres. Este sentido de solidaridad, ha trascendido al movimiento ecuménico (Cf. B.-D. DUPUY, o. p., *La Conférence de Louvain* (2-12 août 1971), *Istina* 16, 1971, 261-284).

Los católicos han aprendido a encerrar entre paréntesis aquellos elementos del sistema católico que no les parecen estar en armonía con el Evangelio.

La Constitución pastoral de la Iglesia en el mundo moderno reconoce la autonomía de la vida intramundana y demuestra la esquizofrenia de una distinción entre la vida *secular*, y la vida *cristiana*, acentuando que el mensaje cristiano afecta al hombre entero, incluso a sus relaciones interhumanas, incluso por una morada terrestre mejor y más digna del hombre.

*Octogésima Adveniens* ha sido calificada como la *Carta Magna del pluralismo político de los cristianos*.

Responde a la nueva visión del cristiano, libre en su conciencia ante el mundo autónomo frente a la autonomía de la fe (G.S. 36). Si se trata de objetivos temporales, comunes a todos, no pueden

haber otras limitaciones que las de un humanismo basado en los valores de la libertad responsable y de la apertura a lo espiritual.

Dicho pluralismo aparece como realidad impuesta por la implicación de las ciencias humanas en las opciones.

El pluralismo traerá sin duda, como prevé O.A., enfrentamiento de los cristianos a los que una misma fe puede conducir a compromisos diferentes. Urge la recíproca comprensión de las posiciones y de los motivos de los demás. Con actitud de caridad profunda para reconocer pese a las diferencias las posibilidades de convergencia y unidad. Enfrentamiento no es ni debe ser desorden. Pero aunque aparentemente lo fuera, no es motivo para desistir del pluralismo. Convendrá, en tal caso, promover el escándalo salvífico.

#### **EQUIPO - 1: COLABORADORES**

**José Manuel AGUIRREZABALAGA**

**Inocente ALVARO**

**Carlos CANTALAPIEDRA**

**Eladio GARCÍA**

**Juan Bautista GARRIDO**

**Julio MUÑOZ**

**Concepción RODRÍGUEZ**

**Oliverio RODRÍGUEZ**

**José Antonio SANTAMARÍA**

**Pedro SANTOS**